

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION. Sale los días 5 y 20 de cada mes desde el 5 de febrero. Cada número consta por lo menos de 16 páginas. Al fin del año se repartirán los índices y portadas correspondientes. — Cuesta en Madrid 5 rs. al mes, llevado á casa de los suscritores. Pagando un año adelantado 52 rs. — En provincias 10 rs. por trimestre y 56 por un año. — Se suscribe en Madrid, librerías de Bailly-Bailliére y Duran, y en la administracion, Carrera de San Gerónimo, núm. 22, piso segundo, derecha. — Las suscripciones de provincias se harán en carta franca al administrador de EL ECONOMISTA, por medio de libranzas ó sellos de franqueo. — No se admitirá correspondencia que no venga franca de porte. — Las reclamaciones se dirigirán á la administracion.

SOBRE EL RADICALISMO DE EL ECONOMISTA.

Con motivo del artículo titulado *Armonías proteccionistas* que publicamos en uno de nuestros anteriores números, el *Eco de la Ganadería* la emprende con lo que llama el Radicalismo de EL ECONOMISTA en dos artículos, publicados en los números 56 y 57, que segun anuncia serán seguidos de otros muchos.

Y al hacernos cargo de los juicios de nuestro apreciable cólega vamos á empezar por un arranque de inmodestia, que se nos ha de perdonar en gracia de su sinceridad. Hasta ahora habíamos tenido pequeña idea de la importancia de EL ECONOMISTA, que no podia ser muy grande atendiendo á nuestros cortos méritos, pero en vista de los reiterados ataques de el *Eco*, que se ha consagrado en cuerpo y alma al ECONOMISTA, de el *Eco*, periódico tan sabio é influyente, nos sentimos crecidos, y vamos mejorando la opinion que formada teníamos de nuestros pobres trabajos.

Nuestro cólega copia la primera parte del artículo de EL ECONOMISTA, que califica de la manera siguiente:

«La primera parte es la proclamacion esclusiva é incondicional del principio de la libertad, que en ningun estado de la Europa civilizada se practica enteramente; es el radicalismo ciego y absurdo de la Economía política.»

Poco diremos de tan magistral juicio. Aparte de los adjetivos ciego y absurdo, cuya aplicacion nos parece absurda y ciega, no se dice en él nada que no podamos aceptar, y no por condescendencia, antes bien con legítimo orgullo.

Sí; EL ECONOMISTA defiende ideas radicales; va hasta la última consecuencia de los principios que como exactos admite y proclama; no tuerce su razon en el camino. Admite el principio de que la industria debe ser libre; cree que la libertad industrial está de acuerdo con la justicia y con la conveniencia general, y allí donde vé un obstáculo á esa libertad, sea en la forma de aduana, sea en la de monopolio ó privilegio de cualquier género otorgado por las leyes,

23 de Junio de 1857.

vé una violacion del derecho, vé un daño causado, y clama porque se haga desaparecer ese obstáculo. No transige con lo que cree el error; no dice: todo es bueno y todo es malo segun las circunstancias, cómodo medio de no ponerse mal con nadie y de resolver todas las cuestiones; tiene una doctrina, acaso equivocada, pero en que no hay retazos de todas las doctrinas, de todos los sistemas, de todos los principios falsos ó verdaderos, racionales ó absurdos, que en sus infinitas elucubraciones ha arrojado al mundo la inteligencia humana.

Y El ECONOMISTA ni es original en esto, ni ha aguardado al artículo que llama ahora la atencion de el *Eco*, para decirlo en voz alta. Lo ha dicho desde el primer día, anunciando que iba á defender la libertad industrial, hermana del derecho y de la justicia, y que la iba á defender en toda su pureza, en toda su estension, porque es un principio que cree verdadero, y desde que aprendió lógica sabe que cuando un principio es verdadero, todas sus consecuencias tienen ese mismo carácter.

Sí; EL ECONOMISTA, como los economistas que merecen ese nombre, porque creen en la existencia de una ciencia económica, es radical en sus doctrinas, como es radical en las suyas el matemático, el físico, el astrónomo, el mecánico. Y en eso, aun suponiendo que estuvieran los economistas equivocados, aun suponiendo que el principio que proclaman y defienden fuera falso, hay todavía un mérito que nuestro apreciable colega no puede desconocer. Hay el mérito de la lógica, de la consecuencia, de la franqueza, que falta por completo á las escuelas que la Economía política combate, y que no han podido, ni pueden, ni podrán levantar en alto un principio que oponer al nuestro, una bandera que desplegar ante nuestra bandera.

Los economistas podemos decir: «combatimos por la libertad industrial,» pero vosotros ¿por quién combatis? Cual es vuestra doctrina? Cual es vuestro principio? Es lo que llamais *proteccion*? No, porque no lo protegeis todo; porque no creéis siempre la proteccion conveniente; porque vacilais, hoy defendiendo la proteccion para este producto, mañana para el otro; para aquel pidiendo la libertad, para el de mas allá solicitando la prohibicion. En este pais proteccionistas, libre-cambistas en el pais vecino, sois una contradiccion viviente, y para tener una bandera, es preciso que escribais en ella: «No hay principios,» como escribieron: «No hay reglas» en la suya los románticos.

Lo repetimos, somos radicales. Podremos estar equivocados, pero no presentaremos el ejemplo de los proteccionistas, que cuando se ven apurados se vuelven libre-cambistas, alegando extraños pretestos. Cuando un argumento nos convenza de nuestro error, romperemos nuestra bandera; no la guardaremos en el bolsillo.

Conste pues que aceptamos y que aceptamos con orgullo la calificación de *radicales*; que en esto el *Eco de la Ganaderia*, acaso

creyendo dirijirnos una acusacion tremenda. no ha hecho mas que hacernos justicia y enaltecernos ante todos los hombres de razon lógica y severa.

Pasemos al segundo cargo de nuestro apreciable cólega, que nos acusa de suponer gratuitamente que los proteccionistas no quieren la discusion. Rechazamos la acusacion é insistimos en el supuesto. No puede decirse que los proteccionistas son amigos de la discusion, porque haya un periódico como el *Eco* que la acepte, ó si se quiere que la busque y la desee, ó porque haya otros que en lenguaje inconveniente ataquen con insultos y miserables calumnias á los libre-cambistas. Para ver si los proteccionistas son ó no amigos de la discusion hay que examinar un poco mas; hay que observar su conducta en las grandes luchas que para la abolicion de sus privilegios han presenciado todos los paises; su conducta en Inglaterra, cuando la Liga, su conducta en Francia, cuando se les citaba á discutir públicamente y no parecian, su conducta en Bélgica en los Congresos de 1847 y 1856 y en la actualidad; su conducta en nuestro pais, en esa misma informacion parlamentaria de 1856 que nos cita nuestro cólega.

Los proteccionistas no han querido nunca discutir el *principio de la proteccion*; han discutido solo sobre el *tanto* de ella, y eso cuando se han visto amenazados en sus privilegios.

Ademas, hablar mucho no es discutir; porque discutir es hacerse cargo de los argumentos de sus contrarios, sin desviarse de la cuestion, sin tergiversarla, sin oscurecerla, complicándola con cuestiones estrañas.

Como prueba de que no repugnan los proteccionistas la discusion nos cita nuestro adversario la informacion parlamentaria, á donde dice que acudieron *dispuestos* á discutir en el terreno de los hechos como en el de las ideas. Nosotros retamos á nuestro colega para que nos diga en que parte de la informacion se discutió la *verdad* del principio proteccionista. Si en ninguna, su argumento no vale nada.

Ademas, ¿cuándo quisieron informacion y discusion los proteccionistas? Cuando el proyecto de ley de reforma estaba hecho por el Gobierno. ¿Por qué no acudieron antes? ¿No puede esto hacer creer que lo que quisieron fué entorpecer, con el pretesto de discutir?

Poco mas vale el otro argumento que nos presenta relativo á la amplitud que quiere dar á sus polémicas con nosotros. Eso cuando mas (y no nos detendremos en este punto, porque en otro lugar le contestamos) probaria que nuestro apreciable cólega es una excepcion, y un hecho aislado no basta para convencer á nadie, por mucho que se ahueque la voz al presentarlo.

Escandalizase luego nuestro apreciable cólega de que atribuyamos la triste situacion de España á la legislacion comercial, y esto le dá motivo para una declamacion sobre las diferencias de raza, el genio

nacional, las guerras, la situacion topográfica, el espíritu moral y religioso, etc. etc., que termina repitiendo el manoseado argumento de que Inglaterra se ha elevado á la altura á que hoy se encuentra con la proteccion. Uno de nuestros colaboradores contesta hoy á ese argumento; aquí haremos solo una observacion á nuestro cólega. Si España é Inglaterra han estado sometidas al mismo tiempo á la proteccion y la una se ha hundido mientras la otra se ha elevado, fuerza será que la causa esté en que *las cualidades de nuestra raza*, de nuestro genio nacional, de nuestra situacion topográfica, etc. son detestables, mientras que las de Inglaterra son magníficas. Pero si así sucede; si el poderoso estímulo de la proteccion no nos ha bastado durante tres siglos, ¿por qué cree el *Eco* que ha de bastar ahora? ¿Hemos variado de raza, de clima, de espíritu moral y religioso etc. etc.? O hemos variado, ó la proteccion será inútil en adelante como lo ha sido hasta aquí. Salga como pueda de este dilema nuestro cólega; desde ahora predecimos que solo podrá salir con el socorrido medio que ha adoptado de algun tiempo á esta parte, de alegar gratuitamente que falseamos sus argumentos. Una reflexion final, y volvemos el argumento á nuestro cólega. ¿Por qué ha de asegurar que el progreso de la Inglaterra se debe á la legislacion protectora, y no á las cualidades de la raza inglesa, á su genio nacional etc. etc.? Si esas circunstancias han bastado para hundir á España á *pesar* de la proteccion, no habrán podido elevar á Inglaterra, á *pesar* tambien de la proteccion?

Solo tenemos ya que hacernos cargo de una acusacion del *Eco*. Dícenos que puesto que la opinion pública es proteccionista, debe considerarse como un atentado el tratar de llevar á cabo las reformas que deseamos. Pues qué, ¿por que un principio domine, el que de buena fé lo cree falso ha de cruzarse de brazos? Pues qué, el procurar por medio del convencimiento la destruccion de ese principio en la práctica, es un crimen? Cuando la esclavitud era el hecho general en el globo, ¿fué pues un crimen el venir á predicar y á procurar la realizacion de la doctrina de la igualdad? Y acaso hemos dicho nosotros que las reformas se hagan *por sorpresa* en un dia?

No, no hemos dicho tal; nuestro cólega aquí no ha entendido ó aparenta no haber entendido lo que dijimos en nuestro artículo, y ha levantado un castillo de naipes sobre un falso supuesto. Lo queremos todo por el convencimiento y por los medios legales, y no pretendemos que el Gobierno sea libre-cambista, violentando la voluntad del pais, como no hemos pretendido que en un dia se adopte la completa libertad de comercio.

Lo que pretendemos, lo que queremos es que cuando los partidarios del libre cambio, estén en el Gobierno (donde ha habido ya algunos, con permiso del *Eco*) ó en otra parte, quieran atacar la *proteccion* en la *práctica*, la combatan con franqueza completa, para no dar armas á los protegidos, para que no se embrollen las discusio-

nes, para que las buenas doctrinas hagan en la opinion pública mayores y mas rápidos progresos, porque lo que necesitan es ser proclamadas en voz alta y discutidas á fondo, y eso no se obtiene transigiendo con el error. Vuelva, pues, á leer nuestro artículo el *Eco de la Ganaderia*.

Por lo demas, reconocemos con nuestro cólega, y lo hemos dicho mil veces: estamos en minoría, y por ahí se principia siempre. En minoría estuvo la *Liga* y acabó por imponer la ley á los lores ingleses; en minoría han estado todos los principios que han venido á destruir errores, y han acabado por conquistar el mundo. Pero no se haga ilusiones nuestro cólega, no estamos en una minoría tan despreciable como quiere dar á entender. Hay ya en España muchos partidarios de la libertad comercial, y su número aumenta todos los dias. Para que aumente con mas rapidez queremos lo que indicábamos en el artículo que tanto ha dado que hacer á nuestro cólega y que nos ofrece seguir examinando. A ello le incitamos, esperando sobre todo que no se detenga en la primera parte, y que ya que tan dispuesto está á ocupar sus columnas con nuestros escritos, publique el resto y los demas que sobre el mismo asunto tenemos preparados, y por la corta estension de nuestro periódico no hemos podido insertar todavia.

Siga, pues, el *Eco* aplicando su escalpelo, como dice, á nuestros trabajos, que seguros estamos de que nada perderán con ello, siempre que no se desfiguren ni mutilen.

Escrito lo que precede, hemos leído el tercer artículo que en su numero 38 dedica nuestro apreciable cólega al *Radicalismo del Economista*. En el próximo número nos ocuparemos de él brevemente.

¿A PESAR DE.... Ó A CAUSA DE....?

El espediente mas socorrido de los proteccionistas, cuando los acosan muy de cerca los argumentos de sus adversarios, es citar la prosperidad á que se elevaron las industrias fabriles de Inglaterra, Francia y otras naciones, á causa, dicen, del sistema protector que las ampara. Entre ellas se guardan de nombrar á la Suiza, y saben por qué. Los libres-cambistas les replican que no florecieron aquellas industrias *á causa*, sino *á pesar* de la proteccion, pero aunque lo prueban con muy buenas razones, sobre todo con la mas concluyente, á saber, que siendo la proteccion esencialmente estéril, y mas que estéril destructora, podrá, si se quiere, acrecer la fortuna de los productores pero no aumentar los productos; favorecer, enriquecer cuando mas, á los industriales, pero no hacer progresar la industria, á esta prueba, como á toda demostracion teórica, hacen orejas de mercader, y vuelven á sus trece, y á cacarear, y á escribir descaradamente y sin tregua que las industrias inglesa y francesa se elevaron á causa de la proteccion.

No se resisten á admitir en rigor los economistas que el sistema protector haya hecho alguna vez progresar un ramo de la industria manufacturera, todos si se quiere, pero ¿es conforme á las leyes naturales de la sociedad, que la ciencia económica estudia y espone diariamente, fomentar tan solo una porcion de la actividad humana, sacrificandole el resto? Pues que! ¿no coincidía con esa artificial grandeza manufacturera de la Inglaterra, con cuyo espectro quiere aterrarsenos, el pauperismo mas espantoso de todos los siglos, tan progresivamente invasor que solo pudo ponerse coto con los escombros de ese mis no sistema protector?

Mas pueden decir los economistas. Pueden conceder como posible que la Inglaterra y la Francia, aun circuidas de carabineros y guarda-costas, hubiesen alcanzado adelantos notables en todos los trabajos, de cualquiera clase que fueran, de sus habitantes, sin dar por eso derecho á los proteccionistas para atribuirlos á la proteccion; al contrario sosteniendo con muy buenas razones económicas que estos adelantos serian mucho mas rápidos y considerables sin la rémora del sistema protector. En primer lugar citarian dos egemplos concluyentes, cada uno en sentido opuesto, el de la Suiza que, casi enteramente desprovista de elementos naturales de riqueza, se elevó al amor de la mas amplia libertad comercial á la prosperidad industrial que hoy le envidiamos, y el de España, que dotada por el cielo de todos los elementos apetecibles, vino á la postracion que lamentamos á pesar de todos los apósitos, cordiales y fomentos que pudo elaborar la botica del empirismo prohibicionista-protector. Dirian en seguida con la sensatez é imparcialidad que convienen á hombres de ciencia, que no basta la libertad económica para asegurar el bien-estar de un pueblo, puesto que á él deben cooperar condiciones favorables físicas y morales del territorio y de sus habitantes, asi como tampoco tiene poder el régimen prohibitivo para destruirle enteramente cuando á su maléfica accion se oponen la feliz disposicion del territorio y la valentia moral de los que le habitan. Harian ver que una nacion de territorio tan vasto y de climas y productos tan diversos como la Inglaterra ó la Francia, aun circundada con la célebre muralla de la China, podría cosechar en su estenso recinto un remedo de los pingües frutos de la libertad comercial, si el trabajo y el cambio eran perfectamente libres en todo el pais, y si, por efecto de una legislacion viciosa ó de preocupaciones y abusos tradicionales, no dominaban en ella hábitos de pereza y disipacion en vez de costumbres laboriosas y económicas. En una nacion de tales dimensiones se hallaria de suyo planteada, aunque en menor escala, la organizacion natural que los economistas pugnan por establecer en todo el mundo, porque la diversidad de climas y productos del suelo permitiría elevar á una grande altura la division del trabajo; es decir, que por una parte en ella se dividirian, variarian y multiplicarian tanto mas las industrias cuanto mayor fuese aquella diversidad, y por otra, dirigidas estas industrias y contenidas por el severo regulador de la concurrencia, se colocarian en las situaciones mas favorables para producir mas y lo mas barato posible. Esta nacion gozaria relativamente de productos mucho mas abundantes y mejores que otra nacion, sometida igualmente al régimen protector, pero que por la corta estension de territorio, escasa poblacion, uniformidad de productos, ó cualquiera otro motivo no pudiese desarrollar en igual grado la division del trabajo.

De aqui se sigue que la abundancia y bondad de los productos, y de consiguiente la prosperidad económica de las naciones, estan en razon di-

recta de la division del trabajo, y como por otra parte la division del trabajo está rigurosamente limitada por la posibilidad del cambio, se sigue tambien que aquella nacion, privilegiadamente feliz, lo seria no por la proteccion, que siendo naturalmente restrictiva del cambio lo es necesariamente de la division del trabajo, sino porque circunstancias peculiares le permitieron dar, aun bajo la proteccion, grande estension al cambio y á la division del trabajo; y es evidente tambien que esta felicidad seria tan grande como es humanamente posible, si el cambio y la division del trabajo, siendo libres pudiesen estenderse hasta sus límites naturales. Si con esto no está demostrado que esa muralla de la China, que llaman proteccion, en vez de poder llamarse agente de riqueza, es el obstáculo que impide la mayor felicidad á que pudiera aspirar la nacion á que aludimos, es inútil esperar convencer á los proteccionistas con sola la fuerza del raciocinio.

Pues bien! ya que el raciocinio nada puede en la cabeza obcecada ni en el corazón empedernido de los proteccionistas, apelemos á la fuerza brutal, no del palo ni del cañon: estas armas las deja el economista á los groseros instintos de abajo y á los nobles arranques de arriba. Su fuerza brutal, contundente, aterradora, aun para un proteccionista, son los números, porque hasta ahora todavia no ha logrado la escuela del monopolio persuadir, ni aun á los españoles, de que dos y dos no son cuatro. Vamos á echar una cuentecita que hará ver en cifras tan gordas que hasta los ciegos mismos podrian palparlas, que es lo que le cuesta al pueblo español la ventaja de poseer una *industria nacional* protegida. ¿Todo? Todo seria incalculable para el mismo Newton; solo una parte decente que nos servirá de hilo para desenredar el ovillo.

Calcular y reducir á cifras el importe total de las pérdidas que lleva ocasionadas desde su origen el sistema protector á la malhadada España, no hay hombre que pueda hacerlo. Aun cuando la inteligencia humana gozase de la potencia necesaria para tan gigantesca empresa, se tropezaria con el obstáculo insuperable de la falta de datos nacionales y extranjeros, elemento esencial de tal investigacion. Contentemonos pues con lo posible, y aun lo posible contraigamoslo á términos tan reducidos que todos puedan alcanzar con la vista hasta los límites del terreno en que voy á colocarme.

Se trata únicamente del transcurso de 50 años, como si dijésemos de la primera mitad de este siglo.

Cual fué durante todo él la inferioridad de la industria española, particularmente en los artefactos que elaboraban para el comercio los extranjeros, nadie lo ignora. Basta abrir los registros de nuestras cárceles y presidios, y recordar la época en que, siendo insuficientes las fuerzas del resguardo para reprimir el escandaloso contrabando, que hasta en las iglesias y conventos se albergaba, hemos visto casi todo el ejército corriendo por montes y valles en su persecucion, y las comisiones militares tanto y mas encarnizadas con los contrabandistas que con los salteadores; prueba al parecer evidente del poderoso incentivo que arrastraba á tantas personas de todo sexo, edad y condicion á infringir las leyes y despreciar sus rigores, y que no podia ser otro que la enorme diferencia entre el precio del producto nacional y el de su similar extranjero. Ningun hombre de buena fé, ó á lo menos de algun decoro, podrá tacharnos de exagerados, si asentamos que en este periodo de 50 años hemos pagado los españoles, por término medio, 50 por 100 mas caros todos los productos, especialmente de la industria fabril, de lo que nos hubieran costado si hubiesemos podido reci-

birlos libremente del extranjero. Mantenemos este guarismo, porque es conforme á la verdad, ó mas bien inferior á la verdad, pero tengan entendido los proteccionistas que nos lean, que poco nos importaria rebajarle sensiblemente, porque aun asi los resultados de este exámen les serian muy poco satisfactorios, como lo verán pronto.

Para averiguar á cuanto pudo ascender el total de estas diferencias en los 50 años, empecemos por un humilde artesano, cargado de hijos y ligero de bolsillo, como hay tantos en España, y supongamos que él y su familia consumian anualmente en artículos indispensables á la salud y al aseo, y asimismo al ejercicio de su profesion, idénticos y análogos á los que fabrican los extranjeros, la cantidad de 150 reales que nadie hallará excesiva para cuatro ó cinco personas. Y como este pobre hombre hubiera podido obtener la misma cantidad de tegidos, de medias, pañuelos, herramientas etc. por 100 rs. si nuestra legislacion le permitiese comprar estas cosas á los ingleses, á los belgas, suizos, sajones, franceses, etc. claro está que de 1800 á 1850, ha pagado anualmente á la *industria nacional* un tributo de 50 rs. vellon, no en virtud de algun artículo de las 5 ó 6 constituciones que nos han felizmente regido hasta el dia, las cuales al contrario parecen prohibirlo en el hecho de sancionar la igualdad civil de todos los españoles, sino en obediencia de una cosa superior á las constituciones, segun se vé, que se llama el sistema protector. Ahora bien; ¿quiere saberse cuanto sumaban en 1850 estos tributos anuales del pobre artesano, comprendidos y capitalizados los intereses á 6 por 100 al año? Eche la cuenta el que guste, y salvo yerro involuntario de nuestra parte, hallará un total de 15 594 reales con 7 maravedises, sea en números redondos, de rs. vn. 15400!

¡ Si no fuera mas! Esto puede calcularse: esto es claro y terminante. Lo que es incalculable, por mas que sea una incontestable y tristisima realidad, es la série de miserias y perjuicios que, *á parte de aquella pérdida material y sus consecuencias*, se impusieron á la familia cuya suerte económica examinamos. Entre ellas descuella la consideracion de que, habiendo sido víctimas de igual despojo todos los españoles, el medio social en que vivió y trabajó nuestro pobre artesano, igualmente que él empobrecido y despojado, carecia de capital con que remunerar su trabajo, debiendo por lo mismo haber sido sus jornales muy escasos y muy miserablemente retribuidos, de manera que puede asegurarse sin temeridad que las cantidades, cercenadas por esta causa de lo que hubiera legitimamente ganado bajo el régimen de la libertad, sobrepujan con mucho á la pérdida material arriba enunciada, la sola que nos es dado patentizar.

Hallado así el contingente demostrable del desdichado artesano, fácil es suponer á cuanto debió ascender el tributo general de todos los consumidores de la nacion entera. Suponemos que la poblacion media de la España peninsular constaba en los 50 años indicados de 12 millones de habitantes, y que estos componian 2.400,000 familias. Suponemos tambien que el consumo medio de todas las familias de España era doble del consumo del artesano, queremos decir que el consumo anual que todas estas familias, unas con otras, hacian de los artículos á que aludimos, les costaba 300 reales en el *mercado nacional*, en vez de 200 que pagarian al abastecedor extranjero. Es probable que el número de familias fuese mayor, pues le hemos calculado á razon de 5 individuos por familia, divisor conocidamente exagerado, y tambien es probable que los consumos por familia eran mas

considerables, y por consiguiente que habiendo reducido mas de lo justo la cantidad de los factores, hemos disminuido el producto, esto es, la importancia del sacrificio impuesto por el sistema protector. Poco importa: aun así aparecerán con maravillosa lucidez los desastrosos resultados de la restriccion.

Estos resultados hélos aquí:

Durante los 50 años primeros de este siglo cada familia española sacrificó á la proteccion y fomento de la industria nacional una prima anual de 100 reales. El importe total de estas primas era en el año de 1850, con los intereses capitalizados al 6 por ciento, la cantidad de reales vn. 20,800.

La pérdida total de los 2.400,000 familias, sea de la nacion entera, fué en los mismos 50 años de reales vellon 73.920.000.000; setenta y tres mil novecientos veinte millones de reales.

Téngase presente que esta es únicamente la pérdida material que, en solos 50 años, sufrió España por los obstáculos puestos á la importacion, muy inferior, segun toda probabilidad, á la que por represalia infalible experimentó en la destruccion y desaparicion de sus esportaciones; que la que ha sufrido por entrambas causas desde el origen del régimen prohibitivo protector no está en la posibilidad humana calcularlo; que el voraz Minotauro existe y ruje en las cavernas insondables del laberinto protector; y que rujirá siempre insaciable, hasta que el Cielo nos envíe un generoso Teseo que destronque la cabeza del monstruo y libre á la angustiada Atenas de tan bárbaro é ignominioso tributo.

Sostengan aun los proteccionistas que la industria de un pais cualquiera pudo florecer en virtud de tan cínica y destructora organizacion!

Por terminado pudiera dar aquí este artículo, porque imposible parece ennegrecer aun mas las tintas de cuadro tan desolador. Sin embargo no será enteramente inútil comunicar á los lectores de EL ECONOMISTA parte de las amargas reflexiones en que nos deja sumidos este tristísimo trabajo. ¿Qué se hizo esta prodijiosa cantidad de millones? Se perdió enteramente como si se la hubiese tragado el mar. Injusticia y enorme hubiera sido el que del bolsillo de los españoles hubiese pasado á las arcas de otros españoles, pero esta riqueza existiría. Hoy solo existe un óbolo, que otro nombre no merece la mezquina suma de capitales con que se explota en España la industria manufacturera. ¿Cómo hubiera podido evitarse este mal, y cuales serian las consecuencias de haberse evitado? Se evitaria siguiendo un camino diametralmente opuesto, el de la libertad, el de la justicia, y no arrancando á cada ciudadano ese inicuo tributo que solo ha servido para la ruina de todos, despojados y despojadores. Las consecuencias de la libertad serian que, no habiéndose reducido á ceniza tanta riqueza, hoy la veriamos en nuestros campos perfectamente cultivados, en nuestros rios hechos navegables, en nuestras carreteras, caminos, canales, puentes, ferro-carriles, puertos, muelles; en nuestros ganados, lanas, sedas, caldos, cereales, de que somos productores nulos é insignificantes, cuando entonces seriamos probablemente los primeros de la Europa, tal vez los primeros del mundo; en nuestras casas, en nuestras comodidades y bien estar doméstico; en nuestros libros, escuelas, instruccion, moralidad, laboriosidad, dignidad y virilidad políticas, en fin, en nuestras verdaderas máquinas, nuestra verdadera industria, nuestra verdadera marina, porque solo es verdadero y sólido lo que existe por sí mismo, lo que corresponde á intereses positivos

y legítimos, lo que vive al aire libre y no cobardemente al amor de privilegios, monopolios, primas, derechos diferenciales y otras mil variaciones de la Espoliación.

Paris

M. G. QUIJANO.

INSTRUCCION PUBLICA.

I.

Imaginar que pueda haber un sistema social tan perfecto, que hiera de muerte al error, es una idea tan orgullosa y tan insensata como escalar el Cielo ó querer que el hombre se convierta en una divinidad; por eso, aunque defendemos con fé el libre ejercicio de la actividad humana, no creemos que en un instante y solo con adoptar nuestras ideas, se transformará repentinamente el mundo en un paraíso. El hombre puede equivocarse, desgraciadamente se equivoca no pocas veces, y por estrecho y limitado que sea el círculo en que se le deje obrar, existe la posibilidad de que su acción se ejercite en el mal; el libre albedrío puede estraviarse en su marcha, puede abandonar la actividad humana su cauce natural, y desbordándose en absurdas empresas, ó estancándose en la inacción, arrastrarnos á una catástrofe social, en vez de conducirnos hácia la perfección. Pero si todo esto es posible, hay ocasiones sin embargo en que tan escasos son los grados de posibilidad, en que tal concurso de circunstancias debiera presentarse, y tan opuestas serian á cuanto el sentido común dicta, que ni tal idea nos asalta, ni suponiendo que se nos ocurriera nos daría mas cuidado que el anuncio de la venida de un cometa, ó de que el Sol iba á extinguirse.

Posible es, en efecto, que en un mismo instante se paren todos los talleres y todas las fábricas, como heridos por la varilla de un mágico; que el labrador se tienda en su cabaña y abandone su campo; que el industrial no quiera tomarse el trabajo de abrir la llave que ha de precipitar el vapor en los cilindros y ha de poner en movimiento la maquinaria; que el comerciante se detenga y los abastecedores de las grandes poblaciones dejen morir de hambre á miles de personas; posible es todo esto, repetimos, porque posible es que así como un hombre se suicida, quieran suicidarse las tres cuartas partes del género humano, arrastrando á una inevitable catástrofe á todos; y sin embargo, seria una verdadera locura perder el sueño pensando en si habrá mañana alimentos en la plaza, agua en las fuentes y telas en las tiendas. El mundo no ha sido creado para perecer de ese modo, hay algo que le da vida y le hace siempre caminar, por mas que á veces parezca volver la espalda á su destino. Mas si para ciertos fenómenos económicos aparece tan en relieve la verdad, si tan fácilmente se adivinan, ya que no se vean, esos mil ocultos resortes que mueven el mundo social, esa fuerza desconocida que mantiene en sus órbitas los deseos y las tendencias de cada hombre, como mantiene en el espacio la armonía de los astros, y que solo pequeños y parciales choques consiente, y aun tal vez provoca con determinado aunque para nosotros desconocido objeto, hayen cambio otras ocasiones en que la armonía se halla mas oculta y solo

aparecen en primer término los trastornos y desórdenes que una amplia libertad traería consigo.

Por eso hay muchos que piden libertad para la industria, libertad para las transacciones, y rechazan no obstante ó por lo menos aplazan para otros tiempos la libertad de asociacion; y que, contrayéndonos al asunto que aquí nos hemos propuesto tratar, miran como un delirio de funestas consecuencias la *libertad de enseñanza*, y claman por el monopolio del Estado, como el único medio de impedir que perezca el saber.

La libre-enseñanza es, según estos últimos, el desquiciamiento de la inteligencia, la anarquía de la razón, como la libertad comercial es para los proteccionistas el desquiciamiento y la anarquía de la industria; abandonar el Estado la Instrucción á sí propia, cerrar sus universidades y sus escuelas, rasgar sus reglamentos de estudios, abandonar á cada padre el cuidado de buscar buenos profesores á sus hijos, permitir que aprendan aritmética por ejemplo sin prepararles antes con unas cuantas lecciones de Latin ó de Griego, ó que estudien Física sin el correctivo de un buen curso de Metafísica; dejar que la instrucción, que el saber, es decir, la movilidad por esencia, se escapen por entre las estrechas mallas de un reglamento, y cambien de forma y huyan de ese molde antidiluviano en que por los siglos de los siglos se pretende encerrar la enseñanza, sería en su concepto correr á rienda suelta á la barbarie, sería sumirnos voluntariamente en la ignorancia, sería el suicidio de la inteligencia. Y es que, como decíamos al principio, hay fenómenos económicos en que la armonía de las leyes naturales está velada por una práctica viciosa; que acostumbrada la vista á cierto orden de cosas teme lo que no conoce, aquello á que no está acostumbrada, y aun suponiendo que á caminar se decidiera por la nueva senda, quizá se detuviera al primer paso echando de menos el viejo sistema, como el que por muchos años ha respirado en una atmósfera viciada y deletérea, experimenta una sensación extraña, un vago malestar cuando por vez primera respira al aire libre.

Mas las necesidades de la inteligencia, como las necesidades del cuerpo, existen por sí y no por extraña voluntad; es el hombre un ser inteligente, porque Dios así lo ha dispuesto y no por el capricho de un legislador; y no es indispensable que se promulgue una ley de instrucción pública, para que las ciencias nazcan. Se busca la verdad como se busca agua cuando se tiene sed, y abrigo cuando se tiene frío; no porque el Estado haya creado escuelas, ó abierto cátedras en que revueltas y mal agrupadas muchas veces se arrojan á granel en la tierna inteligencia del niño ciencias las mas opuestas, conocimientos de indole enteramente distinta; ya principios de alta filosofía, ya verdades matemáticas, ya un hecho de la historia de Roma, ya una explicación sobre los malacopterigios: ¡bravo medio de formar pedantes! medio impotente para hacer sabios donde no los hay ó de ilustrar una nación que por su mal es ignorante.

Y fuera en verdad bien extraño, que la libre actividad individual pudiera satisfacer ampliamente las necesidades materiales, que allí existiera algo que regulara su acción y á justos límites la redujera, y que al tratarse de una necesidad de orden superior, de la necesidad de saber, del ejercicio de la razón, todo estuviera abandonado al azar y el legislador tuviera que venir á completar la obra de Dios. Tal idea repugna al entendimiento; los hombres aprenden, las ciencias y las artes adelantan, la inteligencia se desarrolla, porque el hombre es un ser inteligente, y necesita saber porque

está en la naturaleza de las cosas que la humanidad progresa en el orden moral como en el orden material, no por efecto de una acción extraña ni por el impulso ciego y mal dirigido muchas veces del Estado.

Por eso el *ECONOMISTA* consecuente con sus principios, con fe en las ideas que defiende, levanta hoy su voz en favor de la libertad de enseñanza y ataca el monopolio de la instrucción por el Estado, sin que por eso quiera significar que la reforma sea brusca y repentina, aunque si al menos continúa é incesante.

Más si defendemos la libre-enseñanza, si creemos que cada hombre debe aprender lo que más le agrade ó lo que juzgue más conveniente á sus intereses, á la par que atacamos el monopolio por el Estado, atacamos también el principio socialista de *enseñanza-obligatoria*, principio que ha de degenerar como todo principio de esa escuela, ó en horriblemente tiránico si ha de cumplirse, ó en soberanamente ridículo si solo como fórmula se consigna.

Por muy buena que sea la instrucción, por mucho que deseemos que todos fuesen sabios, no es esta una razón para que el Estado les obligue á estudiar astronomía ó á leer la divina comedia; que si la razón necesita alimento como el cuerpo, si el hombre experimenta la necesidad de comprender y admirar los misterios del mundo que le rodea, es después de satisfacer cumplidamente las necesidades materiales. Las necesidades del hombre tienen su orden fijo é inmutable que en vano se querrá alterar sin exponerse á un terrible desengaño; primero es vivir en la vida material, después es vivir en el mundo de los sabios y de los poetas. Si hay aspiraciones sublimes por su esencia y que están muy por encima de las necesidades y de los deseos materiales, en estas últimas se apoyan sin embargo como se apoyan las elegantes columnas, las bizarras curvas de un templo gótico sobre los toscos y robustos macizos del cimiento; y empeñarse en que aprenda el infeliz obrero ó el pobre labrador lo que al Estado le plazca enseñarle, á leer y á escribir hoy, quien sabe si poesía ó historia mañana, es levantar en el aire un edificio, magnífico ciertamente en proyecto, del que ni la primera piedra se podrá sentar en la práctica. La enseñanza obligatoria es la esclavitud de la inteligencia, como pudiera serlo la prohibición absoluta de aprender; porque lo mismo se esclaviza al hombre reteniéndole fijo é inmóvil en un calabozo, que haciéndole marchar cuando le place estar parado; aquella es la esclavitud de los siglos bárbaros, esta es la esclavitud á que hoy llaman libertad los que bajo ese sistema de enseñanza que atacamos aprendieron los santos principios del derecho en los anales de guerras y conquistas.

AL ECO DE LA GANADERIA.

Nuestro colega canta victoria; ¿porque? dirán nuestros lectores; porque no nos prestamos á publicar en *EL ECONOMISTA* sus contestaciones.

Cada número de *EL ECONOMISTA* tiene 16 páginas; quiere nuestro adversario que dediquemos 5 á transcribir sus artículos y otras 5 á contestarle: total 10: es decir que las dos terceras partes de nuestra publicación no se ocupen más que de el *Eco de la Ganadería*.

Por mucha que sea la importancia del diario proteccionista y nuestro deseo de medir con él nuestras armas, francamente, no es el caso para tanto, y ni es natural la exigencia, ni nadie estrañará que no accedamos á ella. No queremos vincular EL ECONOMISTA en favor de el *Eco de la Ganaderia*,

Pero el *Eco*, que está acometido estos dias de una comezon irresistible de discutir con nosotros (como que hace algunos números que nos consagra toda su seccion industrial) ve en nuestra negativa un deseo de esquivar con él la polémica; y dice que la abandonamos porque tememos la derrota.

Vamos á hacer un esfuerzo para convencer á nuestro estimado cólega de que padece una equivocacion lamentable. Y empezaremos por advertirle que quien abandona la polémica es él, en el mero hecho de proponer otra nueva. Le haremos tambien observar que él mismo ha confesado su derrota en este primer encuentro, al fijar para el nuevo debate un tema, no solo distinto, sino contradictorio con el principio de que el cambio está regido por leyes generales; principio que aceptó seguramente porque no veia á donde habia de conducirle.

Solo nos falta convencerle de que no es nuestro ánimo huir la discusion, que buscamos en la medida de nuestras fuerzas.

Puesto que la estension de el *Eco* es cuádruple de la de EL ECONOMISTA; puesto que tanto deseo tiene de seguir midiendo con nosotros sus armas, ábranos sus columnas; traslademos la polémica á su campo, con lo cual no puede menos de reconocer que le damos gran ventaja, discutiendo ante un auditorio preparado en su favor.

No podemos dedicar EL ECONOMISTA á tan larguísimo debate; pero el *Eco* quiere continuarlo poniendo sus artículos al lado de los nuestros, y aceptando nuestra proposicion puede conseguir el objeto.

Y puesto que dice que hemos dirigido tan mal la primera polémica, haremos mas, y es dejarle escojer su terreno y plantear la segunda como lo tenga por conveniente.

No podemos hacer mas por el *Eco*, cuya contestacion aguardamos con impaciencia, aunque no dudamos de que será favorable á nuestra propuesta. Estamos seguros de que aceptará con entusiasmo la ocasion que le ofrecemos de probar la superioridad de sus argumentos al numeroso concurso de sus lectores.

Del resto de su artículo diremos solo dos palabras, puesto que no está dedicado á la polémica pendiente. Pero esas dos palabras, nos ha de permitir nuestro apreciable cólega que sean algo bruscas, porque han de servir para protestar contra un aserto, que viene repitiendo hace algun tiempo y que no podemos dejar pasar.

Ha dicho nuestro cólega con alguna insistencia que falseamos sus argumentos, y nada ha hecho para probarlo. Nosotros negamos rotundamente la verdad de semejante aserto; no es cierto que hayamos incurrido en esa falta, ni somos capaces de hacerlo con intencion, como parece que quiere darlo á entender con su insistencia el *Eco*, de cuya buena fé sentiriamos tener que dudar. Como adversarios corteses y leales le hemos atacado, y tenemos el derecho de exigir de él la misma lealtad y la misma cortesia, sin las cuales no hay polémica posible entre personas que se respetan.

Otra rectificacion para terminar. Cuando nuestro cólega nos hizo una indicacion en términos vagos sobre la mútua reproduccion de nuestras

contestaciones, llevaba ya dos meses la polémica y habia para no acceder á su vaga proposicion, á que creimos no deber dar importancia, los mismos inconvenientes que ahora. Por lo demas, si, como nos dice, la polémica no está espirando, continúe nuestro cólega, que es quien tiene la palabra, puesto que nada ha dicho todavia en contestacion al último artículo que á ella dedicamos.

MONOPOLIO DE LAS MINAS DE FOSFORITA POR EL ESTADO.

El Sr. Ministro de Fomento ha presentado á las Córtes un proyecto de ley proponiendo que se declaren en propiedad del Estado las minas de fosforita de Logrosan, en Estremadura, y cualesquiera otras del mismo mineral que se descubran en la Península en lo sucesivo. No debemos aquí hacernos cargo de las circunstancias altamente ridículas que han acompañado á la presentacion de este proyecto, y que la prensa ha condenado ya como se merecian (1), ni tampoco nos proponemos examinar si la fosforita es ó no un abono tan eficaz como se supone. Concediendo su eficacia, dando por cierto que para toda clase de tierras y de cultivo sirva, y prescindiendo segun hemos dicho de la parte visible relativa *al descubrimiento* de estas minas, el *ECONOMISTA* solo puede y debe ocuparse de la medida propuesta á las Córtes y de las razones que se dan para justificarla.

Estas razones son las de siempre. Que la agricultura es una industria tan importante; que el Gobierno debe protegerla; que los abonos son necesarios para la mejora y desarrollo del cultivo etc. etc.: razones, si es que tal nombre merecen, aumentadas en este caso con la importancia que se supone á las minas, y las maravillosas ganancias que de su explotacion se dice vamos á reportar.

Los lectores del *ECONOMISTA* saben cual es nuestra opinion sobre estos asuntos en general, y poco necesitamos añadir en este caso particular. Aun concedida la exactitud de todos los supuestos indicados, creeríamos que es un inmenso absurdo encargar la explotacion de esas minas al Estado, cuya incompetencia industrial se ha demostrado tantas veces por el raciocinio y por los hechos. Encargar la explotacion de la fosforita; conceder el monopolio de un mineral que se dice tan importante al Gobierno, propietario inhábil de las minas de Almaden y Riotinto, es tanto como prohibir el empleo de la fosforita á nuestros agricultores, en caso de que fuera económico y conveniente su aprovechamiento.

Pero ¿puede decirse lo que dice el Gobierno acerca de las ventajas de esas minas? ¿Es cierto que pueden aprovecharse inmediatamente en la agricultura, y que ejercerán en el porvenir de esta tan altísima influencia? Con permiso del Sr. Ministro de Fomento nos tomaremos la libertad de creer que no. Para que un producto sea conveniente, sea verdaderamente útil, es preciso que su adquisicion exija solo una cierta suma determinada de sacrificios, que su coste no pase de cierto limite. Importa muy poco que haya mucha fosforita en Logrosan y que esta sustancia tenga magníficas condi-

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre el notable artículo publicado por la *Revista minera*.

ciones para ser empleada como abono, si los labradores tienen que pagar para aprovecharla una suma superior á las ventajas que han de reportar de ella. Y esto debe suceder sin duda alguna en el caso presente, cuando haciendo tantos años que son conocidas las minas; estando en manos de particulares, mil veces mas activos é inteligentes que los Gobiernos, ni se ha generalizado su empleo, ni aun puede decirse que se ha emprendido su explotación. Si esta exige gastos cuantiosos, si no hay vías de comunicacion para trasportar la fosforita, si nuestra agricultura está atrasada y escasa de capitales, nada tiene de extraño que no haya pedido de esta sustancia, y no habiendo pedido ó no habiéndolo en cantidad suficiente para sufragar los gastos de explotación y conduccion, es un sueño el esperar ventajas de la explotación de esas minas y un absurdo emplear capitales con este objeto. Por eso el interés particular no ha hecho nada hasta el dia.

Se nos dirá, que por eso precisamente; por la impotencia del interés particular debe intervenir el Gobierno, y explotar por sí mismo las minas.

Esto es mas absurdo todavia. ¿De donde sacará sus capitales el Gobierno? No deberá tomarlos del pais? Y por pasar por su mano los capitales que en esta explotación se empleen, se hará racional lo que es absurdo; conveniente lo que es perjudicial y anti-económico? Por el contrario, la intervencion del Gobierno aumentará la inconveniencia de la empresa en vez de disminuirla, por los capitales que se perderán á causa de la inhabilidad y de la falta de celo é interés que caracterizan todos los actos de los Gobiernos en la esfera industrial.

Nada diremos de la injusticia que se cometeria apoderandose de minas que ya están en poder de particulares, ni insistiremos mas por hoy, porque tenemos la esperanza de que el proyecto del Sr. Ministro de Fomento caerá en el olvido que se merece, y no llegará á ser ley. Es una de esas cosas que nacen muertas. Si sucediera lo mismo á otras muchas!

UN GOBERNADOR PREDICANDO CONTRA LA USURA.

En la *Gaceta* de 10 de este mes hemos visto una circular del Gobernador de Tarragona, donde se ve el párrafo siguiente:

«Llama tambien la atencion la repugnante usura, que *aunque no esté rigurosamente penada por el Código*, lo está en el corazon de todo aquel que observa las víctimas que causa el sórdido interés, antepuesto á la razon y el deber, especialmente la que pesa sobre los infelices labradores y artesanos, que tienen que acudir á este triste medio para hacer frente á sus multiplicadas atenciones ó compromisos. Este mal, difícil de cortar de raiz, es preciso combatirle *con el desprecio y descrédito del que ejerce semejante industria*, por si este fuese suficiente correctivo para atenuar sus efectos.»

Parece imposible que en 1857 se escriba por un Gobernador de provincia, que parece debe ser una persona ilustrada, como lo exige este importantísimo cargo, y en un documento oficial, párrafos como el que precede. Predicar al pueblo una autoridad pública la ilegitimidad de la usura; escitar contra los que la ejercen el desprecio y la animadversion de sus semejantes en la mitad del siglo XIX! Y luego se extrañará que se infiltren en la multitud ideas socialistas; se extrañará que el pueblo se haga enemigo del capital y de la propiedad!

Pero no es lo mas notable de ese párrafo la heregia económica; todavía podriamos comprender que un gobernador de este pobre pais ignorára por completo los principios elementales de la Economia politica. Lo que no podemos comprender es que ignore las leyes de su patria, y que escite á sus subordinados contra lo que esas leyes han declarado libre y legítimo.

«Aunque no esté rigurosamente condenada por el Código, dice el señor Gobernador de Tarragona. Pues qué, no sabe que hay una ley reciente, del año pasado, que declara libre el capital y legitima la usura, y que ha destruido la tasa que nuestra legislacion establecia, con todas sus consecuencias, resto desacreditado de la ignorancia de la edad media?

Creemos este hecho sumamente grave y llamamos sobre él la atencion del Gobierno, que no puede, que no debe tolerar que sus delegados desconozcan y ataquen de esta manera las leyes que están encargados de hacer ejecutar, y que en lugar de procurar su cumplimiento, prediquen su descrédito. Llamamos tambien la atencion de la prensa periódica. Si hechos semejantes se repitiesen, serian inútiles todos los esfuerzos del pais para salir de su abatimiento y de su atraso.

VARIEDADES.

La cámara alta del Piamonte ha aprobado por fin la ley aboliendo la tasa del interés, de que ya tienen noticia nuestros lectores. En Francia se ha dado tambien un paso en este camino al renovar el privilegio del Banco de Francia, autorizando á este establecimiento para esceder el limite legal del 6 por ciento en sus descuentos.

Hemos recibido una segunda carta sobre la *anglofobia*, que no podemos insertar hoy por la abundancia de materiales. Tambien nos vemos obligados á reservar para el próximo número el extracto de la última reunion de la Sociedad de Economía política.

La asociacion inglesa para la *reforma financiera* ha publicado un notable manifiesto que recomendamos á los que sostienen que Inglaterra es una nacion proteccionista. La asociacion, que nació en 1848, tiene principalmente por objeto la supresion de los derechos *fiscales* de aduanas que constituyen casi esclusivamente el arancel del Reino-Unido. Nos ocuparemos de este asunto.

SUMARIO.

Sobre el radicalismo de EL ECONOMISTA.—A pesar de... ó á causa de?..... por D. M. G. Quijano.—Instruccion pública.—Al *Eco de la Ganaderia*.—Monopolio de las minas de fosforita por el Estado.—Un gobernador de provincia predicando contra la usura.—Variedades.

MADRID:—1857.

Imprenta de D. JOSE C. DE LA PEÑA, Atocha, 149.